



CARAS APETAS

SEMANARIO FESTIVO
22.ª EPOCA

DIRECTOR RICARDO GIMENEZ

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS DOCTOR ALBERTO GARCIA LAGOS



Por su honradez, contracción
y amor á la abogacía,
se disputan á porfía
cien mil clientes su atención.

AÑO II
N.º 48

Enero 27 de 1895

PRECIOS de SUSCRICION
Montevideo y Departamentos

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	» 5.00
Un año.	» 9.00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equivalente,
con el aumento del franqueo

Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos

De venta en las principales librerías

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301

MONTEVIDEO

SUMARIO

GRABADOS.—Doctor Alberto García Lagos, por M. Correa.—«Para Ellas» (Retrato de niña) por Aurelio Giménez.—«Por si acaso».—Nuestros prohombres da incógnito, por «Wim-plaine», y varios intercalados en el texto por Giménez.

TEXTO.—«Cosas del día» por Arturo A. Jiménez.—«Sin recetar» por Nemo.—«Para ellas».—«Rayo de luz».—«Los Amores de una flor» por Carlos B. Figueredo.—«Por celos» por Fiaero Irayoz.—«Por una letra» por Víctor Pérez Petit.—«Soneto» por Washington P. Bermúdez.—«Lo imposible», por O. L.—Menudencias, Correspondencia particular Avisos.



A esta fecha ya estarán ustedes cansados de saber que renunció el doctor Saenz Peña á la presidencia de la «República hermana», como dicen desde que se inventó la francesita, los gacetilleros de gran imaginación.

Al fin se salieron con la suya los vecinos.

Era natural; en Francia hacen renunciar las Cámaras á los presidentes y ¡claro! los argentinos que no vacilan en copiar á los franceses los trajes, el lenguaje, las posturas y hasta la cara, *item* mas las modas más graciosas y elegantes como esa de meterse sobre los hombros, bajo la prenda número 1 del terno, algodones y trapos y fierros para darles una admirable rectitud que revienta á cualquiera que no esté ya acostumbrado de antemano á llevar sobre los hombros todo el peso de su tontería (y ustedes dispensen, pero es la palabra).—los argentinos, decía, no podían perder tan espléndida ocasión de darse un corte francés *fin de siècle*. (Esto en español quiere decir *fin de siglo*, pero el español no está de moda ya). Y se lo dieron, el corte. Y también le dieron un corte á la Constitución, para no quedarse cortos.

Porque, claro que para imitar á Francia, cuya Constitución impone el sistema parlamentario y y por ende el gobierno de las Cámaras, han tenido los vecinos que echar al diablo las disposiciones de la suya que imponen el gobierno del Presidente.

Pero ¡qué demonios! Para no desmentir á Víctor Hugo que ya dijo ha tiempo que cuando Paris da en la idea de ser tonto es tonto con él todo el mundo, bien valía la pena hacer un sacrificio político que diera al traste con las disposiciones constitucionales que se opusieran á la afición francesa.

De todas maneras, por estos pagos las Constituciones son objetos simplemente decorativos que maldito si sirven para otra cosa que para oponer trabas á las ansias progresistas de sus protegidos, y ¡al demonio todo! Que, por lo visto, ya estamos aburridos de enorgullecernos de ser americanos.

Por otra parte, ya les he dicho que va viniendo muy á menos ese oficio de Presidente de Repúblicas.

Y palos por aquí
y palos por allá

y dale que le dale
y dale que le das!

Los brasileros nos curten allá, por la frontera que es un gusto... para los brasileros. Y los policianos nos apalean por acá que es un placer... para los policianos y para los brasileros.

Y si no, que lo digan los manifestantes del miércoles.

Es el caso que los muchachos dieron en la idea de hacer una manifestación de protesta por los atropellos cometidos por nuestros vecinos brasileros en la frontera.

Y el señor Monteiro, Ministro, Ribeiro, Doctor Carneiro y etc., sin duda informado ya de que por acá tenemos quién es más *carneiro* que él, se opuso decididamente á que tal acto se llevara á cabo.

Y con él, Don Juan Carneiro—¡digo! Idiarte. Pero los muchachos se reunieron y echaron á andar por esas calles de Dios. Sin embargo, la cosa no hubiera pasado á mayores, á no meterse Palomeque, que, como siempre, pasaba casualmente y que al ver que la manifestación iba á diversarse tranquilamente, gritó con su voz estentórea de «tribuno popular» (como le llama *La Tribuna Popular* que poco ha ¡oh admirable consecuencia periodística! le llamaba de manera muy distinta, y tanto, que el gran «tribuno popular» en cierto juicio público puso por los suelos y por los cielos á su entonces administrador y actual director):

—No os disolváis, señores! ¡Yo, yo, me pondré á vuestra cabeza!

Y se puso.

Pero los apalearon á todos, menos á él.

Que es lo que decían dos, una vez pasado el susto:

—Pero ¿no nos gritó Palomeque que se ponía á nuestra cabeza?

—Y se puso.

—Y bien, pero nos apalearon.

—Cierto.

—Pero en ese caso, como que ya íbamos á disolvernó, mucho más hubiera valido que no se pusiera.

Efectivamente la paliza fué de primer orden. Y todo el mundo se indignó.

La verdad es que no es para tanto.

¡Qué demonios! Se quejan de que los policianos la hayan emprendido á sablazo limpio y

sucio con el pueblo! ¡Y bien! Para algo llevan sable los policianos!

¡Claro! Esas pobres jentes, ansiosas de lucir su valor, y no pudiendo lucirlo en la frontera, donde era menester, dieron en la idea de lucirlo aquí, y he ahí todo.

Se me objetará que es una infamia eso de que los caballos atropellaran niños, y señoritas y ancianos y etc., etc.

Pero ¿qué hacerle? ¿Cómo pretender que un animal irracional como el caballo atiende á esas cortes distinciones sociales? Es de tenerse en cuenta que entre nosotros, la instrucción pública de los caballos está aún en pañales.

Sin embargo, dicen. Eso sería suponer irracional al que va arriba del bruto, ó bruto al que va arriba del irracional.

No, por cierto. Es que no se puede exigir á nadie el cabal desempeño de dos cosas á un mismo tiempo. Claro es que si los policianos estaban tan ocupados en repartir sablazos como estaban, no podían atender á manejar bien el caballo.

¡Hay que ser razonable, caramba!

El coronel Oneto pasará á la posteridad.

Aunque, á la verdad, algunos golpes no estuvieron á la altura de las circunstancias y del heroísmo desplegado.

«A un sujeto que se refugió en un tambo de la calle Colonia,—dice *El Día*—le abrieron la boca hasta la juntura de las quijadas de un feroz machetazo!».

—¡Qué demonios! me decía al leer esto un señor; siempre ha de hacer la policía las cosas al revés!

—¿Por qué dice usted eso?

—Hombre, porque la encargaron de cerrar la boca á los manifestantes, y á ese se la han abierto.

Todavía siguen de verbena los señores del Ateneo. Y hace ya de ello un mes y cuarenta mil pesos.

Toda la población de la ciudad les ha tomado una envidia feroz, al ver que pueden los tales pasarse treintenas de días y noches sin otro quehacer que el de andar de verbena y entretenimientos anexos.

Ahora se agita la idea de obsequiar con una medalla al presidente de la *kermesse*, sin duda por... haberla presidido.

De lo que han de regalar á los que la han hecho, donando objetos y dinero, no se habla todavía.

Y eso que aquellos en sus fiestas han conseguido hacer hablar aún á las cosas que... ¡vamos! francamente no creíamos capaces de tanto.

Pero el maestro Giribaldi y *La Razón* se empeñan en que sí!... Según este diario (y lo dice con tal convencimiento que parece barbaridad) en el poema sinfónico del dicho maestro ejecutado el martes en Solís (ejecutado el poema, nó el maestro ¿eh?) el *andante maestoso* de la primera parte espresa la situación del Ateneo antes de su unión con la sociedad universitaria; luego, en el *allegro*, aquel propone á ésta la fusión, con palabras afectuosas y convincentes, y por último la combinación de los dos motivos grita á las claras que ambas sociedades estan ya unidas y muy contentas, y que van á echarse á construir un edificio, (aquí falta un trémulo de violines que manifieste que la población y el comercio donantes se echan á temblar al oír la noticia),

¡Caramba con nuestros músicos! Antes, Haynd y demás maestros se contentaban con la música descriptiva y nos hacían escuchar la gran sinfonía de la Naturaleza en el gran momento de «La creación» ó los trinos de los pájaros y el silvido del viento en «Las estaciones.»

Pero ahora no se contentan con tan poco y he ahí que, quieras que no, hemos de oír claramente cómo las trompas ateneicas dicen campechamente á los violines universitarios.

—Ché ¿querés amigarte?

¡Parece mentira!

Y ante tales hechos no es cuestión de tenerlas todas consigo.

Cualquier día nos pone el maestro en solfa un discurso de Palomeque ó las cuentas de Abella.

Ya ven ustedes; con un solo de bombo para el primero; un *scherzo* de flauta para las segundas (así todos al oír la cifra dirán enseguida: «la gran flauta!») y una sinfonía de violon para expresar el programa de Idiarte Borda, saldrá todo tan claro que no lo oír el que no quiera.

**

Se corrió la voz de que había ocurrido en la Union un caso de cólera.

—Pues si es en la Union, me decía un sujeto, no hay por qué alarmarse; las precauciones están ya tomadas por la Naturaleza y por la Municipalidad;

—¿Cómo es eso? Yo no veo...

—Pues es muy claro. ¿No dicen que cuando ocurren esas cosas ó casos se aísla el lugar infestado por medio de un *cordón* sanitario?

—Sí;

—Pues si el caso es en la Union, ya tenemos entre ella y nosotros *el Cordon*.

ARTURO A. GIMENEZ.

SIN RECETAR

El doctor Silvela, un médico de renombre universal el extenso territorio de su país fué á visitar. Y ¡claro! cuando supieron los pacientes cosa tal acudieron á porfía el médico á consultar. Hizo curas á montones (Mató algunos, es verdad, pero eso es cosa de médicos y no se puede evitar). Y á todos con gran paciencia escuchaba de su mal los síntomas, caracteres, causas, estado y demás. Pero extrañó á todos cuantos conocían su bondad y paciencia y cortesía, que á las señoras, por más que se empeñaran (y que eran del país lo principal) no atendía, aunque los nervios no las dejaban en paz y según ellas, sufrían que era una barbaridad y ni comer, ni dormir ni conversar, ni pasear podían, víctimas tristes de tan cruel enfermedad que iba á llevarlas al nicho si él persistía en no curar. Al fin uno preguntóle: Doctor ¿no es curiosidad impertinente indagarle porqué á las damas jamás atiende usted cuando sufren de esa dolencia que ya, no puede sufrir ninguna tan cansadas de ella están? Le han visto á usted cuantas viven ó habitan en la ciudad, todas enfermas de nervios sin lograr de usted jamás que las atienda. Dolencia es la nerviosa quizá que usted supone incurable? —No señor; (respondió el tal) Es que lo que tienen no es ni ha sido nerviosidad. —¿Pues qué es doctor?.. Ellas sufren... —Es vejez, y nada más.

Y al otro día no hubo una dama en la dicha ciudad que no jurase que nervios no había sentido jamás y á una vez todas curaron y no se han vuelto á enfermar.

NEMO.



RAYO DE LUZ

En la calma fría de la gran tarde de otoño resonaba el golpeteo trepidante de cien coches que desde el Paso se derraman cubriendo la alegre calle Agraciada.

Era la vuelta.

En el fondo, allá adelante, la ciudad aletargada se arropaba en su manto de bruma.

Entre el chasquear de las fustas, pasó como un relám-

pago una cabecita preciosa, la de una japonesita ideal cuyo cutis de nácar, suave y pulido acariciaban en el gracioso cuello las pieles impalpables del cuello alto de la bata de peluche negro.

Fué un instante no más; una visión, pero cuando me dijeron que aquella que acababa de pasar en un parpadeo ante mis ojos era Elena Ordeñana, conservé el nombre en la memoria.

Y el coche se perdió á lo lejos bamboleando en su

POR SI ACASO

MEDIDAS DE PREVENCIÓN
PARA EVITAR INVASIÓN



JUAN: A tu gran ciencia me acojo Federico; tú eres ducho y yo con el miedo lucho. Mira. ¡Hay que tener mucho ojo! Renuncias por allá, renuncias por allí ¡Y todos presidentes!! ¡Que no me toque á mí!

FEDERICO: ¡No, hombre! ¡Qué te ha de tocar! ¡No hay miedo que se pronuncie! A mí no hay quién me renuncie, y te voy á vacunar. Mi virus es tan bueno contra esa enfermedad, que no hay, si te inoculo, quien te haga renunciar.

MR. LE MINISTRE: ¡Garçons! Hay que lo que consiga al microbio; hay que no entre, de Formez la con feas de ¡El mal de ¡Mon Dieu!

todo!
todo!
no
dit!

ievado asiento al cochero ahogado por las pieles de su carrik inmenso.

Cedo á la tentación, amigas mías.

He encontrado entre mis papeles viejos este precioso cuentecito, que por no ser de mi cosecha, vale la pena de escucharse. He lo aquí:

LOS AMORES DE UNA FLOR

I Ilusión.

Yo ví en alfombrada orilla, que sirve de marco á un arroyuelo, una flor bella y pura, de blancura mate y perfume exquisito, aérea y delicada.

Era una azucena de esas á quienes comparamos la mujer amada y la tez ideal de los ángeles, y que comunican á los que las ven y aspiran su esencia purísima, la beatífica sensación que se experimenta cuando se satisfacen los sentidos.

Esa flor, al parecer abandonada, pues que se erguía sola, sin que ninguna otra se prestase á formar el contraste ni á ofrecerle su amistosa compañía, era, sin embargo, querida y custodiada por un ser que la hacía feliz y contribuía á la conservación de su vida.

Tal era aquel arroyo, tímido amante cuando se deslizaba, refrescando, al besarlos, los pies de su querida; impetuoso y soberbio, cuando obstáculo importuno quebraba sus linfas; brillante estela de oro, al retratar las arenas de su fondo, iris magnífico, cuando se deleitaba copiando una puesta de sol.

La azucena había nacido por él y para él, á la vez que sus cantos y los colores de su paleta eran para la flor amada.

Cuando la plateada flor se sintió cargada de perfume y comprendió que era tiempo de abrir sus pétalos, inclinóse lánguidamente hasta tocar el cristal de su amado, y embalsamó sus ondas. Jamás el trovador de la pradera recibió más preciado beso de flor alguna!

Y cuando el cielo se presentaba enteramente azul, y el sol se complacía en hacer más pintoresca su despedida diaria, entonces él, aprisionando en su cristal tanta belleza, se hendía y alzábale ufano, y presentábale á su flor amada, para su recreo, el espejo mágico, que formaba con él un solo cuerpo.

Sus amores eran castísimos. Sólo se componían de perfumes, música y colores.

Por eso eran felices; por eso él se deleitaba en retratar su imagen, y ella en embriagarlo con su esencia.

II

Desengaño

El céfiro, eterno burlador de prados y verjeles, acostumbrado á hablar al oído á todas las flores, y á verlas mecerse con coquetería, como si ésta fuese la manera de corresponder á sus halagos, llegaba cada día y cada vez más blando y amoroso á requebrar á aquella blanca flor.

Tanto amor fué escuchado al principio como se oye la música lejana: vagam ente. Luego conoció la reina del pago que el inquieto amante, lejos de comprender su desvío, persistía en su loco afán de hacerla suya; y desde entonces se notó que por aquella flor, antes feliz, pasaba algo extraño, así como sombras de tristeza ó como síntomas de cercana muerte.

No obstante, cuando el céfiro pasaba cerca de ella, inclinábale á un lado y otro, ora hasta confundirse con el alfombrado suelo, ora hasta mojar su frente en las ondas de su prometido.

Y lo que aquel persistente amador tomaba como coqueterías y promesas de lo que pretendía, no era otra cosa sino esquivéz, y muchas veces besos purísimos que daba al arroyuelo, al tiempo de abatirse para librarse de su perseguidor.

Una vez éste, sospechando esos amores, se propuso sorprender el secreto; y llegó pausado, sin rozar la tierra, en momentos felices para los dos amantes y de dura prueba para él.

Y oyó al arroyuelo cantar las bellezas de su amada; y vió á ésta doblar su tallo y pagar sus trovas con caricias, y sintió grato perfume que se esparcía á su alrededor.

No quiso oír más, y ajejándose de la para él ingrata y falaz, fué, en su dolor, á gemir en unos cauces vecinos, y luego á rugir airado en la selva próxima.

Allí, en la obscura bóveda de verdura, que formaban las pomposas copas de los árboles, lloró de nuevo sus desventuras y juró venganza terrible.

III

Muerte

Una vez más rasgáronse las vestiduras de la noche; una vez más los ángeles velaron con sus alas la tibia luz de la luna, para encender el fanal de los cielos; y una vez más cantaron las aves el nacer del día, y apareció cubierta de perlas la frente de las flores, y unas, felices, parecían ostentarlas como joya nupcial, y otras, como atavío de la muerte.

La azucena gentil, que ayer disputaba su blancura á la boca de las vírgenes, se veía hoy con listas de oro, como si los rayos del sol se hubieran incrustado en ella, y el rocío, que en otras flores semejava perlas, granates y záfiro, lucía en sus pétalos como gotas de oro mate.

Era que la enamorada sentía su próximo fin y las congojas de su felicidad turbada.

A poco se dejó oír en la selva un ruido atronador, las aves huyeron poseídas de terror; los arbustos y gramíneas doblábanse hasta formar un solo plano en las plantas que apenas tapizaban la pradera, encrespáronse las ondas del arroyo, y la esbelta azucena se sintió arrollada por una fuerza desconocida.

¿Qué acontecía?

El céfiro, irritado por el menosprecio de la que amaba con todo su ser, pidió á sus mayores la fuerza del huracán y el fragor de la tempestad, y armado con estos poderosos elementos, corrió veloz y desatentado á llevar á cabo su terrible venganza.

El quería aprisionar en el vórtice de su seno el cuerpo de su desdenosa amante y llevarla hasta perderla, arrastrada por el fango, herida por las espinas y desdeñada por sus hermanas.

Pero el arroyo comprendió en la agitación de sus ondas el peligro en que estaba su prometida, y pidiendo también favor á sus mayores, hinchó sus venas y recibió en su seno el cuerpo muerto de la flor bendita!

Y afanoso, trémulo, sollozante, colocó en sus espaldas la preciosa carga, hasta que en la inmensidad del Océano encontraron sus existencias un fin común.

CARLOS B. FIGUERO.

IGUALDAD ANTE EL CALOR



«Con el sudor de tu rostro comerás el pan», Dios dijo. Y hasta ahora el pobre esto cumple puesto que no alcanza al rico. Pero con estos calores también ya al rico alcanza eso, pues come la sopa con el sudor... del cocinero.

SKKKKFF.

POR CELOS

I

Un día en un gallinero que tenían mil vecinas, y en que á fuerza de dinero reunieron diez gallinas, entró un gallo pretencioso con instintos inmorales, turbando el dulce reposo de los pobres animales. El otro gallo que había, viendo en peligro su honor, con furia y con energía se dirigió al invasor. Riñeron á picotazos, venció pronto á su enemigo... ¡y lo dejó hecho pedazos dándole un justo castigo! Se portó como un valiente y siguió con noble afán ejerciendo dulcemente sus funciones de sultán.

II

Rendido y enamorado, se casó Blas con Pilar y jamás hubieran dado

qué decir ni que contar, si un amante calavera, por desgracia del destino, descarado, no se hubiera interpuesto en su camino. La mujer no oyó jamás sus palabras. ¡Fué virtuosa! Pero al fin lo supo Blas, creyó culpable á su esposa, y sin esperar en nada, ni ver si había razón, de una horrible puñalada le deshizo el corazón. El otro logró escapar; ninguno le ha vuelto á ver... ¡Y don Blas llegó á quedar sin honor y sin mujer.

FIACRO IRAYZOS.

POR UNA LETRA

La contempló un instante con infinita adoración, viéndola así toda estremecida y fatigada por el vals, bajo la radiante luz de los mecheros. ¡Cuán bella estaba Celia con aquel traje blanco, y cómo brillaban sus negros ojos pensativos! Sus mejillas se habían colorado suavemente, y la respiración precipitada alzaba rítmicamente su seno escultural de vírgen griega. Y en torno á sus sienes, sobre su frente más blanca que la nieve, los ensortijados cabellos de azabache prendidos como al descuido por un cintillo de brillantes, se destacaban hermosos y soberbios dando, al rostro encantador una sombra indescriptible de misterio y de poesía.

Francisco se inclinó amablemente ante su compañera, y dijo:

—Está Vd. fatigada?... Pasearemos por el salón.

La elegante pareja se perdió entre aquel torbellino de fracs negros y vestidos estivales de mujeres hermosas. La música desgranaba las sonoras y melancólicas notas de un boston de Piñeyro, en tanto que frescas carcajadas, diálogos cortados, chistes de la más exquisita fineza brotaban por todos lados y volaban, en bullicioso coro, entre las flores y telas, haciendo parpadear las lenguetas de fuego de la araña central.

Hacía largo tiempo que Francisco cortejaba á Celia, sin que hasta el presente se le hubiera ofrecido oportunidad alguna para hablarle. Adorábala por aquel resplandor de inocencia que lucía en la frente de la hermosa niña; por aquella movible lucecilla que temblaba sobre la negra noche de sus ojos misteriosos; por aquellos labios encendidos con invisibles besos de amor. Amaba en ella aquel busto espléndido, aquellas formas poderosas, aquel perfil sereno é inmarcesible. Y su gracia no estudiada, su elegancia ingénita, aquel aire lleno de candor y angelical dulzura, habían concluido de conquistar el voluble corazón del joven estudiante.

Desde el día en que la vió por vez primera en el Prado, Francisco dejó sus amigos, diversiones y dragones; pensaba en Celia, y por ella sólo vivía. En su mente soñadora tejiáanse castillos, poblando de ensueños celestiales sus noches y sus días. Veía en Celia el ángel querido que el destino le guardara de expreso para él: bella y elegante, distinguida é inteligente. ¡Oh! sobre todo inteligente! El estudiante quería que su mujercita pudiera ser presentada en los salones, donde admiraría á todos, jóvenes y viejos, con su gracia y saber. Sí, ese era su sueño dorado; una mujer bonita que saliera de lo vulgar, que tuviera una conversación atrayente y si posible fuese que escribiera con el estilo de Ruben Dario. Bastante fastidiado estaba él de todas esas muñecas que en los salones no hacían otra cosa que charlar trivialidades y tonterías. El quería una joven instruida, amante de las bellas letras, que hubiera leído tanto á Daudet como á Lamartine.

¡Y no se había equivocado! ¡Sus encantadas visiones de joven soñador y de poeta elegante, no se desvanecían ante la realidad! Ahora había cumplido uno de sus más fervientes anhelos, el de encontrarse al lado de su amada, conversar con ella, y podía convencerse de que tan linda niña poseía una educación excepcional. ¡Cuán bien hablaba! ¡Cómo armonizaban sus pensamientos con los de él! Había leído toda clase de libros, desde e místico y romántico Chateaubriand hasta Zola y Palacio Valdés; conocía á Shakespeare y á Goete; no se ruborizaba de confesar su admiración por los escritores naturalistas...

Francisco estaba encantado. Aquello superaba todas sus esperanzas. Era el colmo de la felicidad. Y vibrante, ébrio de dicha y de placer, paseaba orgulloso por los salones, llevando del brazo á esa mujer encantadora, soñando, tal vez, con que ya le pertenecía y que todos le envidiaban. Estaba plenamente convencido de ser amado por el ideal que forjara, allá, desde los primeros días de su infancia. Ni aún se le ocurrió pensar que aquella Celia preciosa podía amar á otro; como tampoco el que sus citas de autores y libros fueran tomados de segunda

mano, de alguna crítica leída en una hoja periódica. No eso no la hubiera creído ni por un segundo siquiera. La joven hablaba admirablemente, con envidiable corrección, derrochando gracia y haciendo gala de frases brillantes y felices. Y había instantes en que, al finalizar un párrafo, su rendido admirador veía aquellas azules sobre las límpidas superficies de los espejos y aspiraba en el aire perfumes de lilas y violetas llegados de quién sabe qué apartado vergel americano.

Entonces se le ocurrió pensar á Francisco cómo escribiría la hermosa Celia. Por su cabeza soñadora una idea risueña, gentil, deslumbrante, desplegó sus blancas alas y sacudió su ser en toda su vibración de inmensa alegría. ¿Por qué nó?—se dijo así mismo, siguiendo la estela luminosa del querido pensamiento que poblaba de luces su cerebro. Y mientras en el amplio salón, entre los vívidos relámpagos de los mecheros reflejados por las azules lunas de Venecia, cruzaban en raudos giros, siguiendo los soñadores compases de un vals, alegres parejas con un coro de risas y notas juguetonas y entre una nube de erráticos perfumes, Francisco, estremecido el corazón, el alma vibrante, seguía con ojos admirados, fijos en el vacío, el vuelo de aquella su idea hacia lo porvenir que se alzaba en el horizonte entre un vívido burbujeo de reflejos amaranto y destellos nacarinos. Veíase frente á su mesa de trabajo, escribiendo febrilmente las cuartillas de una novela (una obra maestra) y frente á él, bañada por la luz del quinqué, como una virgencita inspiradora, á su esposa, Celia, la linda Celia, que le ayudaba en su tarea de escritor. El era un Daudet, un literato de nota, admirado por todos; y ella, Celia, era su colaboradora. Idéntico caso al del eximio novelista francés.

El público que conocía aquella estrecha union intelectual, que también aplaudía reverente las dotes literarias de su Celia, le envidiaba á él, á Francisco, por tanta felicidad. ¡Qué fortuna tenía aquel endemoniado muchacho! ¡Haber encontrado una mujercita tan inteligente, ni más ni menos que Alfonso Daudet! ¡Haber logrado el amor de una niña preciosa, de alma angelical y que escribía unas páginas tan sentidas y admirables!

Aquí de su dulce ensueño, fué despertado por un diálogo vivo y animado. El bullicio del baile llegó entonces á sus oídos, y la vida crugía febrilmente á su alrededor. ¡Ah! sí! Era Celia que, sentada á su lado, reía y charlaba, con suaves arrullos de paloma, con una amiguita. Francisco las examinó un breve rato. ¡Cuánta diferencia de la una á la otra! Elisa, la amiga, una rubia de imagen bíblica, contaba quién sabe qué historia, entre alegres carcajadas y exclamaciones sonoras. No tenía ni la gracia ni el ingenio de Celia, y las palabras brotaban de su boquita sonriente, que semejava la corola de una flor salpicada de gotitas de rocío, en tropel, precipitadas, casi sin ilusión. Era un diablillo jugueton, ia quieto, que vibraba como un cristal á la menor sensación de su alma angelical. Su cabecita perseguía las ideas, que se le escapaban, cambiando de tema á cada paso, contradiciéndose, siguiendo todas las ondulaciones de su pensamiento, riendo unas veces de un modo infantil, otras quedándose respectivamente grave, con una melancólica tristeza de pequeñuela sorprendida en falta.

Y fué en medio de sus rápidos estallidos, en medio de una de esas sacudidas nerviosas que le encendían el rostro con él más vivo carmín, mientras el finísimo cabello se estremecía y remedaba rulitos y caprichos sobre la frente de nácar, que su abanico se desprendió de la mano y rodó sobre la alfombra.

Francisco, amablemente, se inclinó para recogerlo. Celia, la hermosa é inteligente niña, tuvo una chispa alegre en sus ojos profundos, y con voz clara que fluctuaba entre la coquetería y la broma, moduló:

—Mira, querida... ¿Quién se habrá acordado de tí?... ¿A ver?... Abanico con h...

Francisco sintió que algo se despedazaba dentro de su ser.

VICTOR PÉREZ PETIT.

SONETO

[De «El Pobrecito Hablador»]

A UNO QUE TODOS CONOCEN

Tú, que salido de progenie oscura,
Jamás soñaste que pudieras verte,
Llevado por un golpe de la suerte,
Sin mérito ninguno, á tanta altura:
Hoy que la adulación baja é impura,
Te llama el sabio y el feliz y el fuerte;
Ser un dispensador de vida y muerte,
Ser un segundo Dios se te figura.
Y como altivo y absoluto dueño,
Nos quieres someter con vano empeño,
A una triste tutela repugnante.
Oye, aunque arrugues el innoble ceño:
Para hacernos reir, eres bastante,
Para hacernos temblar, eres pequeño!

WASHINGTON P. BERMUDEZ.

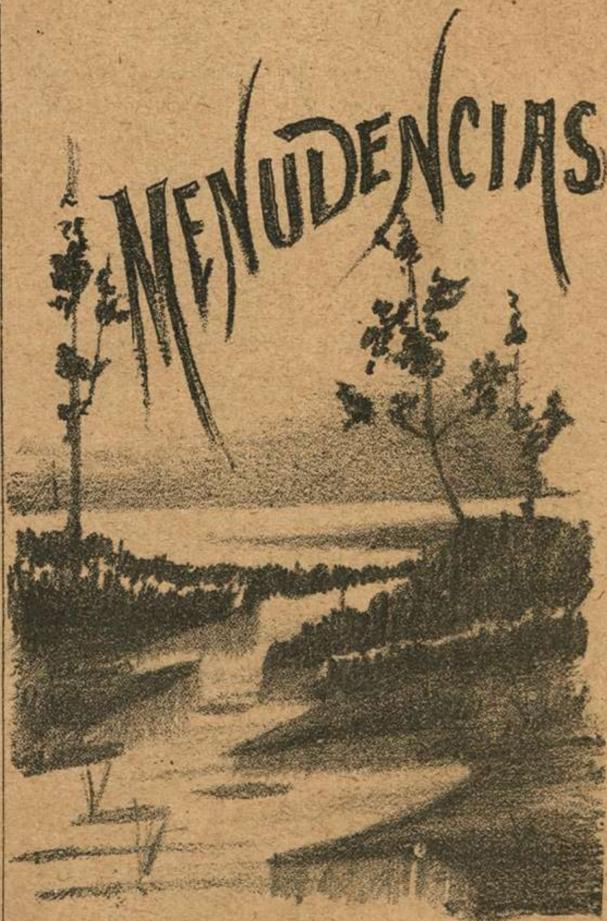


¿Y este es el vino generoso que tan caro le cuesta al amo? Por un vinten dan en el almacén un trago que hay que agarrarse á una reja para pasarlo.

LO IMPOSIBLE

Yo puedo hacer que tu desdén impío se trueque en amoroso sentimiento; yo puedo conseguir en un momento que á mi antojo se rinda tu albedrío. Yo tu orgullo satánico y sombrío puedo humillar tal vez con un acento, y alcanzar me es posible, si lo intento, que llores tú mañana mi desvío. Puedo hacer que entre angustias horrosas tu yerto corazón, que hoy no palpita, se agite en convulsiones dolorosas. ¿Ves cuántas cosas puedo, Margarita? ¿No te asombra que pueda tantas cosas? ¡Pues no me puedo hacer una levita!

O. L.



Nuestro compañero de tareas Manuel Correa ha puesto en exposición en lo de Cateura sus obras y las de sus discípulos.

Hay allí cada dibujo y cada pintura! Sin ir mas lejos, la autoridad debiera prohibir la exposición de aquellos nisperos y de las bananas, porque en tiempo de epidemia la fruta es perjudicial. Y esa es fruta de verdad, diga lo que diga el pintor. Pero ¡vayan ustedes á verlos!

Por que nada poseía trató de morir Ruperto y al ir á matarse un día lo dejó, pues no tenía sobre qué caerse muerto.

El miércoles estuvo á punto de ahogarse en los baños del Sur, un sujeto que cometió la imprudencia de echarse donde no hacía pie, sin saber nadar.

Al ser sacado del agua dicen que gritaba:

—¡Maldita sea...!—No vuelvo á meterme en el agua hasta haber aprendido á nadar!

Reconocian á un mozo para el servicio, en un pueblo y era el tal, por su fortuna ó su desdicha, contrahecho. —¿Nació usted así?—preguntóle el que le estaba mirando; y le contestó el jibado —No, señor, no; más pequeño.

Pensamiento:

Las dos cosas imposibles de conservar, son: el amor de las mujeres y los botones de las camisetitas.



¡Pero, señor, porque me llamarán todos Juan Lamas si yo me llamo Silvestre Campanillas!

El teniente Luis Salmon muerta á su esposa lloraba y al niño que le quedaba lactaba con biberon. Entra el sargento Aguilar preguntando:

—¿Y mi teniente? y respondió el asistente: —Dando al chico de mamar.

Dicen que el cólera morbo con sus bacillus de marras por todos nuestros costados sin piedad nos amenaza; está la gente, señores, que se muere de asustada, y no hace más que rogar de la noche á la mañana, á Dios y á San Juan Bautista, que les devuelva la calma, mandando con un pampero los microbios para Australia. Los unos no comen fruta, los otros cierran sus casas, por temor de que el bichito se cuele por la ventana, otros, en fin, desde el día en que comenzó con nana á depositar la gente, del otro mundo en las playas, después de darse diez baños de ácido fénico y grappa, con más miedo que prudencia se metieron en la cama; y juran no salir de ella hasta la hora... no lejana, de que esos grandes microbios para otra parte se vayan, y dejen en paz á todos, porque es cierto, hablando en plata, que con ellos, los zapallos no quieren saber de nada.

Con permiso de los restos de Calderon:

Cuentan de Borda que un día tan ancho en su puesto estaba que á cada instante lo inflaba la autoridad que tenía. ¡Habrá otro, entre sí decía, que mande aquí más que yo? más, cuando vuelta se dió vió la respuesta observando que iba el del Jopo contando todos los pasos que él dió.

Viendo á un sirviente tragar de un modo desesperado, le dije:—¿A casa, Gaspar viniste como *criado*, ó te viniste á criar?

No es por decir que los tipógrafos tienen muy malas entrañas, pero no podemos hacernos cómplices de sus crímenes.

En el número anterior las poesías «Diálogo trascendental» y «La guitarra», fueron víctimas de brutales tratamientos por parte de los cajistas, resultando con algunas heridas graves como ocurre con el verso de la primera que dice:

«Allez m'annoncier... Vayan»

en vez de

«Allez m'annoncier a... Vayan» etc.

como corresponde una vez puesta la sílaba de que la terrible ferocidad de los tales la privara.

Los autores del atentado no han sido aún habidos por la policía.

Debajo de un pino
lloraba mis penas;
como hacía viento, me cayó una piña...
y lloré de veras.

El comercio está que trina con el Gobierno y con los que no compran por culpa del Gobierno y de las *Kermesses*.

—Esto es insufrible—decía ayer un comerciante á un sujeto; los negocios están paralizados de una manera asombrosa; no se vende nada, absolutamente nada.

—¿Cómo que no se vende nada? contestaba el sujeto. Y no hace todavía dos horas que acabo yo de vender mi saco de invierno!

Correspondencia Particular

El otro—Pando.

Me ha puesto usted en un potro pues por más que sismo y sismo, aunque firma usted *El otro* parece usted siempre *el mismo*.

Filomeno—Montevideo.—¿Que le suprima lo que á mi juicio sea... Pues lo suprimo todo; y queda usted satisfecho.... y yo también.

Casimiro—Idem.—Hombre! ¿Qué lastima, Casimiro que no sea usted también *casi-bárbaro* en vez de bárbaro entero.

J. A. P.—Idem.—Un millón de gracias; su augurio de triunfo es ya una realidad. En cuanto á lo otro pronto lo verá usted donde desea.

Cho-Cho—Minas—

Aquel verso que dice
y el bruto de Zenon dale que dale
lo transformaría yo en
y el bruto de Cho-cho dale que dale»

O. L.—Florida—Queda usted servido

Miriam—¿Qué no se duerma usted!

SOLUCIONES DE LOS JUEGOS DEL NUMERO ANTERIOR

De las charadas—1.ª Mandamiento.—3.ª Magnolia.

Del Rombo—M.—Boa—Berro—Mortero—Arenas—Ora—O.

De los anagramas—1.ª Ramon de Campoamor.—2.ª Miguel Echegaray.

De las frases hechas—1.ª Aprenderse el gorro.—2.ª Al pié de la letra.

NUESTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



Flor, que no es ni flor ni nata de la milicia de aquí, y queno inventó la pólvora pero que inventó.... un *kepí*.

OJO

Hacemos presente á los que aún no hayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña, que aquellos que lo deseen, deben enviarlas cuanto antes, pues estando por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela, y con el título dorado á fuego al frente, nos urge saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria.

Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de

Pesos 1'50 el tomo.



LITOGRAFIA
Y
TIPOGRAFIA

Tarjetas, rótulos accion-
nes, circulares, letras de
cambio, cheques, confor-
mes, memorandums, plan-
os, diplomas, músicas,
etc., etc.

Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

FOTOGRAFIA DE INGLESA FITZPATRICK

Hace esta fotografía
Retratos tan excelentes
Que á ella acuden á porfía
Las más distinguidas gentes.



F. CALLIGARIS ESTUDIO FOTOGRAFICO

BICUI 228

Fotografía de moda
por la high life preferida
donde se retrata toda
la gente más distinguida.



AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café
de clase tan superior
que beber no logra usted
en el mundo otro mejor.



EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende El Anticuario
libros viejos, vulgares, nuevos, raros,
y, por más que parezca extraordinario
los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, núm. 184.

Estudio Fotografico de DOLCEHER

Calle Sarandí 359

Retratos modernos de busto
á la romana

A Dolce, es ya cosa vista
nadie á retratar le gana
y, como es todo un artista,
no hay niña que se resista
á vestirse de romana.

